

O AL REVÉS, QUIZÁ

BEATRIZ CUELLAR GONZÁLEZ

Mater Inmaculata

Despacio, se dirige a la casa. Se planta frente a la puerta y gira la llave. Al instante, un olor familiar lo invade por completo. El olor de su hogar. Toda su infancia se agolpa en su mente en una lluvia incesante de recuerdos. Su vista recorre lentamente cada rincón. Dibujos de niños y algunos de mujer. Las flores de almendro, sonríe. El mismo dibujo repetido una y otra vez pero cada vez con más detalles. Sus ojos se posan en el piano. Ese instrumento que acompañaba a aquellas dos voces con el don de hacer llorar de emoción a todo aquel que las escuchara, juntas o por separado. Y después se fija en el atril y en las mil hojas de partituras desparramadas encima. A los dos les encantaba componer. Posa sus dedos en el piano y deja sonar, primero tímidamente, las primeras notas de una composición que su padre había escrito. Después cierra los ojos y se abandona por completo a esa música. Con los ojos cerrados se ve de niño observando a su padre tocar. Mientras tocaba se dejaba mecer al compás de la melodía. Mientras tocaba nadie hacía ruido. Su madre dejaba de respirar para no interrumpir. A veces improvisaban juntos y entonces parecía que sus dos mentes se fundían, que su idioma era la música. Sigue tocando y recordando hasta que suenan las últimas notas. Cede a separar sus dedos del piano solo cuando se extingue por completo el eco del último acorde. Después se levanta y cierra la tapa del piano recordando con nostalgia cuánto le molestaba a su padre que las teclas se llenaran de polvo cuando alguien olvidaba cerrar la tapa.

Junto con las fotografías del mar y de los mil viajes que habían compartido había poemas enmarcados. Qué bien escribía papá. Tan bien que casi parecen mis recuerdos. Mirándolos, recuerda a su madre recitándolos de memoria mientras acariciaba su colgante azul, que siempre llevaba puesto. Él se lo regaló el día que todo empezó tantos años atrás. Era el día antes del cumpleaños de ella, recordaban los dos. Abre el bolsillo de su chaqueta y coge el colgante azul que ahora tendrá su hermana. Rara vez lo había visto fuera del cuello de su madre. Sacude la cabeza y se descubre sonriendo. Esta casa es un pozo de recuerdos, en cada rincón hay miles.

Su mirada recorre los estantes repletos de libros, libros de toda clase. Ella podía pasar leyendo tardes enteras. Junto con los libros y los discos de música hay pequeños tarros

de cristal llenos de arena de todas las playas que habían visitado juntos. Arena blanca, arena dorada y la arena negra de las siete islas que ella amaba tanto.

En la mesa redonda de madera, justo en el medio, está la caja. La coge con cuidado, la observa bien. Sonríe triste. Una caja muy bonita, piensa. Realmente bonita. De madera finamente pulida con varias frases escritas en ella. Él no las entiende. Supone que debían de tener un significado especial. Sin más demora, tal como exigía su misión de vital importancia, monta en el coche y coloca cuidadosamente la caja en el asiento del copiloto. Debe cruzar media España pero a él no le importa, con gusto recorrería media Europa para cumplir su cometido.

Sumido en sus pensamientos, no le molesta el reflejo del sol en sus grandes ojos miel. Con la luz adquieren un color mucho más claro y exótico. Son ojos especiales. Si no se presta atención no se aprecian bien todos los matices. La mezcla de verde y marrón forma un dorado felino. Ha heredado la mirada de la familia. Su cabello, que una vez fue rubio, se ha tornado blanco con el paso del tiempo. Su rostro tiene la expresión dulce y cargada de bondad de un niño.

Piensa, piensa y no deja de pensar. Tantas cosas a la vez... En su mente lucha un caos de recuerdos, melodías, sentimientos cruzados y planes por realizar. A medida que se suceden los pensamientos en su cabeza, su rostro adopta las expresiones que estos le provocan.

Cuatro horas han pasado como cinco minutos. Qué rápido pasa el tiempo cuando se reflexiona tanto. Ha llegado a su destino. Aparca y permanece meditabundo unos instantes. Observa la caja de nuevo, la toma entre sus manos. Con sumo cuidado, con mimo infinito. Baja del coche y el calor del verano de Levante lo recibe. Hay viento. Mejor. Avanza descalzo por la playa hasta llegar al centro. Por la arena, le dijeron. Espárcela por la arena. Ella sola viajará a donde tenga que viajar. Abre la caja y mira en el interior. Lloro. Una mano temblorosa consigue reunir un puñado de ese polvo gris y lo lanza al cielo en dirección al viento. Se mezcla entre sí, gira, se abrazan dos remolinos distintos de ceniza. Suspendida en el aire adopta formas que se suceden como en una historia. Un beso, una sonrisa, dos amantes que se abrazan. Dos cuerpos que se unen en perfecta armonía. Sin dejar de soltar puñados de ceniza, se seca los ojos inundados en lágrimas con la manga de la camisa para ver mejor el espectáculo. Un altar, un sí quiero, un bebé, dos ojos dorados... Besos tímidos, besos fugaces, besos apasionados... Una larga trenza, una caricia... Las pocas personas que hay en la playa se reúnen junto a él blancos de asombro. ¿Qué prodigio es este? Sin dejar de mirar y sin darse cuenta, se van cogiendo de la mano. Un piano, dos bocas entonando la misma canción. Una partitura de Vivaldi, dos voces fundiéndose en perfecta armonía.

Él sigue lanzando puñados de ceniza frenéticamente, ahogado de emoción. Esta se esparce y se mezcla, baila, forma imágenes y se pierde de vista. Con la luz del atardecer adquiere un tono más misterioso. Una caricia, un beso entre sonrisas. Jamás estuvieron tan juntos. El viento silba y parecen voces que cantan. El rumor del mar lo acompaña y parecen susurros que rezan. Un guiño, un secreto al oído... Extiende los dedos buscando más ceniza y encuentra la caja vacía. La caja lánzala al mar, recuerda. La mira por última vez y roza suavemente con el dedo índice dos firmas muy juntas. Su gran deseo se ha cumplido. Vuelca la caja y deja que caigan los últimos restos de polvo. La cierra. Con todas sus fuerzas, la lanza lo más lejos posible y se hunde abrazada por el mar.

Ya está, su misión terminó. Se sume de nuevo en sus recuerdos y en sus reflexiones y en lo que acaba de vivir. No ve a la gente irse en silencio con lágrimas en los ojos, no oye al silbido del viento y al rumor del mar conversar emocionados. Su mirada se posa en el horizonte para admirar el atardecer. Tiene los ojos de su madre y el pelo de su padre. O al revés, quizá.

Transcurre una hora. Se seca las lágrimas, respira hondo y se dirige de nuevo al coche. Buscando la dirección de retorno encuentra el cartel que indica el camino de vuelta. Antes de partir, dedica una última mirada al horizonte, ya oscuro, sólo iluminado por la blanca luz de la luna y salpicado de estrellas. Sin dejar de llorar, sonrío. Tiene los ojos de su padre y el pelo de su madre. O al revés, quizá.